

## EL ESPEJO DE TINTA •

**CARLOS GARCIA VALVERDE**  
(León, 1958)



Su vida profesional ha transcurrido entre el mundo financiero, el literario y el del diseño gráfico. A finales de los 80 comenzó a recoger los frutos de su afición literaria en forma de premios hasta completar, hasta la fecha, una cincuentena de galardones, siempre dentro de la modalidad de cuento o relato corto. En 2008 vio la luz un compendio de relatos agrupados bajo el título *La hierba bajo la nieve* al que siguieron con la misma estructura, *Retratos inmorales* (2014) y *Cuentos de Semana Santa* (2017)

VI

El cura no se dio cuenta de la falta hasta mediada la misa dominical, cuando, al ir a verter el vino en el vaso sagrado para la consagración, vio que no quedaba ni una gota en la vinajera.

Dirigió una mirada interrogante al monaguillo, el cual se encogió de hombros dando a entender su desconocimiento de tal desaparición. Percatándose de la anómala interrupción y del estupear que manifestaban oficiante y auxiliar, la feligresía estalló en un coro de cuchicheos. Finalmente, el acólito dirigió su mirada hacia la figura del patrón y se percató de las manchas cárdenas que maculaban su barba y sus hábitos.

-¡El... el santo, el santo se ha bebido el vino! -estalló el rapazuelo sin poderse contener, señalando a la imagen con dedo tembloroso.

El sacerdote levantó la vista, descubriendo a su vez los restos del morapio sobre la talla.

El murmullo general subió perceptiblemente de volumen; Cecilio ató cabos y, sin preocuparse mucho del origen de la profanación, vio de pronto la oportunidad que esperaba: levantándose de repente, alzó los brazos, declamando con voz engolada.

-¡Milagro, milagro habemus! ¡San Federico nos envía una señal divina!

Se organizó un revuelo monumental. Todos los asistentes abandonaron de forma atropellada sus bancos y se agolparon desordenadamente frente al altar, intentando ver de cerca las pruebas del portentoso. La noticia corrió por la comarca como un huracán, desatando una oleada de fervor religioso que cristalizó en una incesante peregrinación a La Chepa. El poblado experimentó, de esta manera, un progreso tan repentino como celérico: se abrieron tascas, fondas y hasta tiendas en las que ofrecían toda clase de objetos "tocados en la milagrosa figura de San Federico". A todo esto, el alcalde pedáneo veía con satisfacción cómo su pueblo, antes ignorado, comenzaba a ocupar espacio preeminente en los tabloides provinciales e incluso en los nacionales, y hasta la Diputación ponía en marcha un plan urgente de obras públicas a fin de dotar a la aldea chepense de accesos y comunicaciones.

El futuro parecía halagüeño para La Chepa. El Obispado, ávido de engordar su patrimonio milagrero y lejos de iniciar una mínima investigación del pretendido prodigio, contribuyó notoriamente a realzar la hazaña del santo, dirigiendo de forma hábil la campaña de promoción del milagro. Así pues, dando muestras de grandes reflejos, el organismo eclesial atajó con prontitud las inicialmente toscas referencias que venían apareciendo en la prensa y que desgranaban frases



**PEDRO BLESA JARQUE.** Nacido en Escucha, es cámara de Aragón TV y fotógrafo de afición. Miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense (SFT). Enamorado de la Luna, las estrellas y las brujas. Y de la provincia de Teruel un paraíso para hacer fotos, de todo tipo pero sobre todo nocturnas, que son sus favoritas.

como "el santo vinatero", "el patrono bebedor" y cosas por el estilo, haciéndolas cambiar por otras del tono de "el santo que bebe la sangre de Cristo", "la sagrada imagen de San Federico comulga milagrosamente", etcétera.

Sin embargo, los milagros necesitan una manutención permanente, una constante reafirmación sin la cual acaban olvidándose y entrando en el poco creíble terreno de la leyenda.

Por ejemplo, la sangre de San Jenaro, en Nápoles, que en varias ocasiones durante el año se licua a la vista de los fieles. Bien es cierto que muchas personas con dos dedos de frente han argumentado que el mero hecho de la manipulación del recipiente

para efectuar el rito periódico podría bastar para que la sangre cambiara ocasionalmente de estado, pero el caso es que, pasar, pasaba, y aunque había esbozos de interpretaciones científicas y racionales, el milagro seguía siendo considerado como tal por multitud de creyentes. En el caso del Jesús de Cornales, momentáneamente eclipsado por la popularidad eventual de su vecino chepense, la confirmación venía de la mano de aquellos que aseguraban haberse curado con la imposición de la palma, aunque tales sanaciones fueran fruto del azar, de la sugestión o, más frecuentemente, de la aplicación simultánea de la medicina convencional. Así pues, en aras de consolidar la incipiente tradición, se

estableció, bajo la tutela del Episcopado, una especie de liturgia ad hoc a desarrollar durante diversas fechas del calendario sacro, mediante la cual el sacerdote oficiante acercaba el cáliz a los labios de San Federico, intentando que la estatua ingiriera el caldo. Obvio es decir que, de forma sistemática, la imagen rechazaba la ofrenda, pero eso era interpretado oficialmente como una muestra de la insatisfacción del patrón para con la conducta de los feligreses y una invitación a la contrición y al propósito de enmienda. No obstante, los parroquianos acabaron por hartarse de los desplantes del santo y, poco a poco, la asistencia al ritual de la libación fue experimentando una paulatina merma. La bisoña tra-

dición empezó así a abandonar el área de lo místico para entrar decididamente en lo folclórico. La coletilla "cuando San Federico beba" acabó desplazando, entre el vulgo, a otras como "cuando San Juan baje el dedo" o "cuando las ranas críen pelo" para definir la imposibilidad de que algo sucediera.

### El espejo de tinta

El fragmento de hoy forma parte del relato que obtuvo el segundo premio del certamen Miguel Artigas, de Monreal del Campo, en el año 2017. La imagen que lo ilustra pertenece a un miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense.